BENJUMEA

VERDAD
SOBRE
EL QUIJOTE

M.G.V.

53
MGV

A-544

R
26585

LA VERDAD SOBRE EL QUIJOTE.

Comunidad de Madrid

MIGUEL DE CERVANTES.

(VÉASE LA PÁGINA 141).

SUCESORES DE HERNANDO, EDITORES, MADRID

LA VERDAD
SOBRE EL
QUIJOTE

UNA HISTORIA CRÍTICA DE LA VIDA
DE
CERVANTES

POR SALVADOR DE MADARIAGA

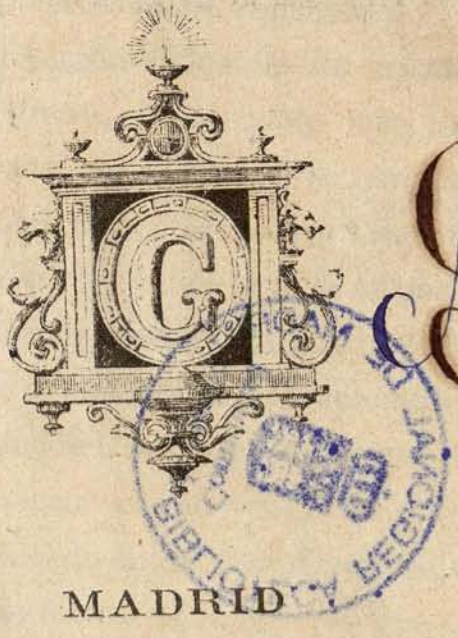
MIGUEL DE CERVANTES.

S.O.

GASPAR, EDITORES, MADRID.

LA VERDAD
SOBRE
EL QUIJOTE.

NOVISIMA HISTORIA CRITICA DE LA VIDA
DE
CERVANTES
POR
DON NICOLAS DIAZ DE BENJUMEA



MADRID
IMPRENTA DE GASPAR, EDITORES,
CALLE DEL PRÍNCIPE NÚM. 4.
1878.

Es propiedad de los editores.

PRÓLOGO.

Desde la publicacion de la vida de Cervantes hecha por la Real Academia Española, en 1819, y debida al juicioso crítico don Martin Fernandez de Navarrete, muchos é interesantes son los nuevos datos adquiridos por diligentes investigadores, respecto á periodos y sucesos de la vida de nuestro escritor insigne que en diferentes épocas han venido á ilustrar las reseñas biográficas puestas al frente de ediciones mas ó menos completas de las obras. Casi puede decirse que cada una ha ofrecido su novedad, asi en lo relativo á documentos como á opiniones de los biógrafos; pero la misma abundancia de estos materiales reclamaba una historia crítica, que ajustándose al mas exacto concepto que de dia en dia se va formando del carácter de nuestro ilustre novelista, les diese cierta unidad y marcase el respectivo valor de cada uno de ellos, desechando al mismo tiempo los todos, apreciaciones ó tradiciones que no cuadran con la idea que debemos formar de su figura.

No se echaran de menos novedades en la biografía ó mejor dicho historia crítica que de Cervantes hoy al

público ofrecemos, pues no consisten aquellas esclusivamente en la publicacion de documentos hallados en archivos ó bibliotecas. Hay otro archivo importantísimo que nunca se investiga en vano y son las obras mismas del escritor famoso. En esta parte podemos presentar á la consideracion de los lectores variedad de juicios, que fundados en una recta interpretacion de pasajes é indicaciones de sus obras, corrigen errores, desvanecen dudas ó establecen congeturas aceptables aun á los ojos de los críticos mas intransigentes. Este valor si de otros méritos va desacompañada nuestra historia, nos mueve á confiar en que el presente trabajo hallará la favorable acogida y el justo aprecio que, entre los españoles en general y especialmente entre los cervantistas, merecen siempre todos los que se dirigen á estender el conocimiento de la vida y la inteligencia de las obras de los grandes génios. Estímese cuando menos el haber dado nuevo interés á materias que se suponian ya exhaustas, y el encaminar la atencion que ya divagaba en las esferas de lo pueril y aun lo ridículo, hacia asuntos y temas para la crítica de incontestable importancia y trascendencia no solo en la historia literaria sino en la religiosa y política de nuestra Península.

Resta advertir á nuestros lectores, que como el principal objeto en esta biografía es indicar las relaciones y puntos de contacto entre el caracter y hechos de Cervantes y el de la figura nobilísima de su poema, ha

sido necesario prestar mayor atencion al *Quijote* que á otras composiciones de su ingenio, dignas de toda consideracion por parte de la crítica, y sobre las cuales publicaremos en su dia trabajos especiales. Aun siendo el *Quijote* el centro de atraccion, en esta obra, su índole y dimensiones no permiten la extension que fuera de desear, ha quedado mucho, por lo cual referimos á los lectores á las siguientes obras: *Estafeta de Urganda*, *Correo de Alquife*, *Mensage de Merlin*, *Discurso acerca del Palmerin de Inglaterra*, artículos en la *Revista Contemporánea* y principalmente en la *Revista de España*, con el título de *Progreso en la crítica del Quijote* que verá la luz en estos momentos.

NOVÍSIMA HISTORIA CRÍTICA

DE LA

VIDA DE CERVANTES.

CAPITULO PRIMERO.

Patria y familia de Cervantes.—Profecías cumplidas.—Disputa entre Alcalá de Henares y Alcázar de San Juan.—Su infancia.—Su temprana lectura de libros de caballería.—Influjo de estos libros en su imaginacion.—Su encuentro y conocimiento con el representante Lope de Rueda.

Cuantos han tratado de escribir la vida de este hombre insigne en letras y en armas, deben haber advertido, que en variedad de pasajes de sus obras quiso dejarnos, ora visibles ora encubiertos bajo algun disfraz, muchos de los materiales importantes para la formacion de su biografía; pero habrán al mismo tiempo observado, que lo mas fácil para este autor, así como lo mas importante para escribir su vida, que es el dar cuenta de su pátria y de su familia, no quiso dejarlo consignado; es más, tuvo deliberado propósito de hacerlo así, por un motivo, nobilísimo ciertamente, que cuadra con la elevacion, y permítase la frase, hasta con

el orgullo del génio. El motivo es, y no puede ser otro, que no habiendo sido favorecido por la fortuna y viniendo al mundo de padres, honrados ó hidalgos sí, pero de estrecha y cortísima fortuna, no quiso que de su nacimiento y familia se supiese, hasta que por sus hechos famosos, encumbrase su linage con la nobleza envidiable de la gloria. Y de ser esto así, nos dá testimonio en dos pasajes referentes á personages en los que se ven muchos rasgos y lineamientos propios suyos. Todos recordarán como finaliza la historia de Quijano el Bueno, diciendo: «este fin tuvo el *Ingenioso Hidalgo de la Mancha*, cuyo lugar *no quiso* poner Cide Hamete puntualmente, por dejar que todas las villas y lugares de la Mancha contendiesen entre sí por ahijársele y tenérsele por suyo, como contendieron las siete ciudades de Grecia por Homero.» Bien se echa de ver por este pasaje, que aunque Cervantes habla aquí aparentemente en tono burlesco de su héroe y tal vez sospechando hubiese eruditos que se quemasen las cejas por averiguar de qué aldea de la Mancha fue natural Don Quijote, lo natural es, que si alguna racional contienda pudiera suscitarse en la posteridad, seria por el autor y no por los personages de su creacion: lo que confirma su mismo ejemplo, pues los griegos contendieron por Homero autor, no por personages de sus obras. Esta idea que aquí se vislumbra de su designio de ocul-

tar su patria, aparece mucho mas clara en el principio de la novela de Vidriera, personage cuyo carácter y sucesos de su juventud tienen grande analogía con los de Cervantes, pues preguntándole por su patria, responde: «ni el (nombre) della ni el de mis padres sabrá ninguno hasta que yo pueda honrarlos á ellos y á ella,» y esta honra pensaba alcanzar con sus estudios, háciéndose por ellos famoso.

Como el suceso ha venido á corresponder con esta declaracion, especie de profecía, no tengo reparo en considerar las dichas palabras, como unas de tantas alusivas á sí mismo y que han tenido en la posteridad entero cumplimiento. Y aun se puede decir mas sobre la idea de haber escogido Cervantes un autor arábigo para historiar las hazañas del caballero, pues realmente la primera noticia que de nuestro autor se tuvo, fue por decirlo así arábiga; esto es, escrita en Argel, y por estos datos de Argel, en donde se hizo famoso y digno de honrar cualquier nacion y linage, se comenzaron las investigaciones acerca de su patria por el Padre Fray Sarmiento. Estas hazañas fueron como el primer cuerpo de su biografía, de modo que, segun el pasaje que he transcrito, se vino á saber de la patria y de los padres de nuestro autor, cuando ya pudo honrarlos *á ellos y á ella*. Tambien se cumplió la otra á modo de profecía de contender, no por el hidalgo fingido sino

por el historiador verdadero, pues unos, con Lope de Vega, le dieron por patria á Madrid; otros, con Nicolás Antonio, á Sevilla; otros, con Nasarre, á Consuegra; otros, con Sarmiento, á Alcalá de Henares; otros, con Mayans, á Lucena; éstos á Esquivias, aquellos á Toledo, y estotros á Alcázar de San Juan.

En 1819, con la publicacion que hizo Navarrete de su *Vida de Cervantes* acompañada de documentos ilustrativos, se fijó la opinion, fallándose definitivamente, al parecer, que Alcalá de Henares era la verdadera patria de nuestro ingenio: así que, desde aquella fecha hasta hace poco, ha venido Alcalá disfrutando de esta honra, no obstante que á la partida de bautismo allí encontrada de Miguel de Cervantes, se oponian tradiciones y otra partida de Miguel de Cervantes Saavedra hallada en Alcázar de San Juan. Pero, *on recule pour mieux santer*. Estos documentos existian en toda su fuerza y vigor. El triunfo de Alcalá de Henares no habia anulado los derechos de Alcázar de San Juan; antes bien, la aparente derrota habia concentrado las fuerzas de sus defensores, animándolos á oponer una nueva y formidable exégesis y entrar con mayor fuerza en batalla con Castilla, vencedora de la Mancha.

Así fue: apenas hecha en 1858 la declaracion pública oficial y solemne de la patria de Cervantes, apareció una protesta, y recientemente un li-

bro, en el que se pretende probar con variedad de datos y argumentos la legitimidad del derecho de Alcázar de San Juan á llamarse patria de Miguel de Cervantes, á despecho de Alcalá de Henares. Tal pretension, por cierto que maravilla; y mucho mas si pasando la vista por el círculo de alegaciones en que se apoya, se ve que hay no corto número de ellas muy atendibles. Las principales son tener una partida de bautismo de un Miguel de Cervantes, en la que se menciona el segundo apellido de Saavedra, para él tan predilecto, y varias tradiciones muy arraigadas en el pueblo, que parecen fidedignas y en mayor número que las conservadas en la villa complutense.

No obstante, por ahora habrá de resignarse Alcázar de San Juan, hasta probar su derecho de modo que destruya datos tan auténticos como los de las partidas de rescate, la relacion de Haedo, la informacion de Argel y otros documentos que dan al cautivo de Asan por patria la famosa ciudad de Henares, en cuya iglesia magistral de San Justo y Pastor fue bautizado con el nombre tan famoso por el orbe de Miguel de Cervantes (1).

(1) Hé aquí la partida de bautismo:

«Domingo nueve dias del mes de Octubre, año del Señor de mil é quinientos é cuarenta y siete años fue baptizado Miguel, hijo de Rodrigo de Cervantes é su mujer D.ª Leonor: fueron sus compadres Juan Pardo baptizóle el reverendo Sr. Br. Serrano, cura de nuestra Señora: testigos Baltasar Vazquez Sacristan, é yo que le baptícé é firmé de mi nombre. El Br. Serrano (al fol. 192 v.)»

«1547»

Fue hijo de don Rodrigo y doña Leonor de Cortinas, hijo aquel de don Juan de Cervantes, corregidor de Osuna, de familia noble, oriunda de Galicia y luego avecindada en Castilla, cuyo apellido se menciona con honra, así en los anales de las guerras contra los moros en España, como en los de las conquistas del Nuevo Mundo. Doña Leonor, por su parte, pertenecia tambien á una familia noble de la poblacion de Barajas, segun los genealogistas, con lo cual quedan satisfechos los que ante todo cuidan de buscar altezas de linajes á los ingenios elevados, como si éstos no fuesen por sí fundadores de nobleza para descendientes y ascendientes.

La estraña circunstancia de ser *Cortinas* el apellido de la madre del Cervantes de Alcalá, y *Saavedra* el que reza en la partida de Alcázar, ha hecho dudar á muchos, y aun sigue esta cuestion fatigando las prensas. Mas aparte de la Informacion de Argel, que es un testimonio irrecusable, el Cervantes de Alcázar, nacido en 1558, no podria ser el soldado de Lepanto en 1571, ni el rescatado del cautiverio en 1580. Esto en lo que toca á lo físico. En lo moral se nos pinta al Cervantes alcazareño como *mozo de muchos amos*, ó lo que es lo mismo, sujeto á muchos vicios y autor de hechos mas propios de un rufian que de un héroe. Creo yo que tales disputas sobre la patria de tan grande hombre son hoy ociosas, por no decir

ridículas. Poco ó nada se adelanta con saber que tales terrones ó recinto fueron la patria del genio que todas las naciones pretenden ahijarse espiritualmente, puesto que de su hacienda espiritual participan todas. Además, ¿qué hizo Alcalá de Henares en vida de nuestro genio en favor suyo? Con ese afan intempestivo, semejan los pueblos á los buitres, aficionados á carne muerta, pues abandonan á sus hijos cuando vivos, y luego se disputan sus cadáveres.

De la infancia de Cervantes nada se sabe. Déjase entender que ya en escuela pública, ya en privada, ya de los labios mismos de sus padres, oyó las primeras enseñanzas, que desde muy tierna edad desarrollaron su instintiva aficion á la poesía, poniéndole con la lectura en comunicacion con el mundo invisible del espíritu. Al decir Cervantes en su *Viaje del Parnaso*, que desde sus tiernos años amó el arte de la poesía, bien puede creerse que, como otros genios, diese, aun de muy niño, muestras de su aficion; pues la memoria de que en aquella edad no perdonaba ni los papeles rotos que veia en las calles, denota que la vocacion de Cervantes para las letras, hubo de manifestarse por otros actos antes de llegar á éste, que ciertamente le es peculiar y le caracteriza entre las grandes figuras literarias, y supone una gran pasion que habia de romper por infinidad de análogas inclinaciones. Tal vez en otra época se hu-

biesen conservado estas estrenas de su imaginacion infantil, como se conservan y se admiran hoy las obras que Mozart compuso desde la edad de cuatro años, y conociéramos por ellas, gracias á su espontaneidad, qué suerte de impresiones y qué linaje de sentimientos fueron en él generadores de ese carácter originalísimo estampado en todas sus obras.

No obstante la falta de noticias que tenemos de este período de su vida, es indudable que el sesgo y espíritu que habia tomado la literatura española á mediados del siglo XVI, influyeron notablemente en la imaginacion y entendimiento infantiles de nuestro Cervantes, que venia al mundo en la época del mayor desbordamiento de aquel mar de historias prodigiosas. En efecto, si todos los grandes genios hubiesen escrito su vida, pocos habrian dejado de notar la eficaz y duradera impresion del primer libro que cayó en sus manos, de aquellos momentos en que su inteligencia, puesta en contacto con la de otros séres apartados por el lugar y el tiempo, entraba por vez primera en el inmenso invisible mundo de la inteligencia. Miss Edwards, en su cuento de Cervantes, no olvida de poner en la casa de sus padres una biblioteca caballeresca, y con mucho acierto; porque no sabemos que el hidalgo don Rodrigo fuese una escepcion de la regla, y pues todos, nobles y plebeyos, sabios é ignorantes, se daban al ali-

mento que con tanta profusion ofrecia aquella época, bien se puede asegurar que en la casa de Cervantes no faltarian por lo menos un Don Amadís, un Palmerin de Inglaterra, que en aquella sazon salia al público de las prensas de Toledo, y algunos mas libros de caballería. Con igual fundamento ha de creerse, que la aficion temprana de Miguel de Cervantes á la lectura, se desahogase principalmente en estos libros, muy propios para mantenerla y estimularla por su índole especial, y que los primeros ensayos de que hemos hecho mérito, fuesen cuentos caballerescos llenos de los prodigios y maravillas que leia. La autora citada, se atreve á poner como primera composicion de Cervantes una escena ó romance caballeresco; su posicion muy aceptable, así como es creible que los juegos de su infancia fuesen parodiar al caballero andante con morriones, petos y escudos de carton, lanzas y espadas de palo. La celada de papelon de Quijano, tal vez es reminiscencia de su niñez, cuando vemos que en todos tiempos los muchachos imitan en sus juegos aquellas profesiones y costumbres que mas en boca están, ó prestan aliciente por sus trages y uniformes. Así como se ha jugado á los soldados, á los frailes y á los toros, debió ser muy comun en aquella época *jugar al caballero andante*, vestir sus armas contrahechas y representar pasos y escenas caballerescas que tan presentes estaban en

la imaginacion de todos, que tan bien se avenian con las fiestas, aun no abandonadas en las córtes, de justas y torneos, y que casi al vivo representaban los españoles, esparcidos con armas y caballos por todos los ámbitos de la tierra *en busca de aventuras*.

El torneo que casi en su vejez presenció y describió Cervantes, celebrado en San Juan de Aznalfarache, se compuso de hombres graves vestidos con armaduras de papel y espadas de palo. Si esto hacian los hombres ya maduros, ¿qué no harian en sus verdes años?

A nuestra atencion, pues, no debe pasar inapercibido el influjo que esta clase de obras pudo ejercer sobre la imaginacion precoz de Cervantes, puesto de buenas á primeras en contacto con un mundo fascinador de princesas hermosísimas, sábios de misteriosa ciencia y héroes de extremado valor, aventureros, enamorados, que vivian por la belleza, que amaban los peligros y odiaban el mal y los malvados. La ciencia del mago, la belleza de la dama y la virtud del caballero, no hay duda que pronto debieron tener por aficionado el corazon de un poeta, amándolos tanto más, cuanto mayor era el ódio concebido hácia el gigante, siempre malicioso, siempre repugnante y perverso. Los que creen que estos libros eran vanos, y perjudiciales á la república, no dejarán de confesar que, por lo menos, ese pintar el mundo con tan bellos

colores, dando tanto poderío al valor, al amor y á la hermosura y forjando una máquina tan complicada de quimeras, debió influir poderosamente en la fantasía de Cervantes, niño, predisponiéndole á correr en pos de un ideal, á confiar mucho en la virtud, á acometer peligros y á esperarlo todo, como justa recompensa del sacrificio, del heroismo y de la abnegacion. Luego veremos cómo este influjo fue efectivo y poderoso.

Algunos biógrafos han dicho, que, de edad de siete años, fué Cervantes á Madrid, en compañía de sus padres, noticia que coincide con la de haber dado Lope de Vega á Madrid por patria de Cervantes, pues sin duda le vió en la córte desde muy tierna edad. Bien se advierte que es inconcebible esta venida á Madrid para estudios, siendo Cervantes de Alcalá y existiendo allí famosos institutos de enseñanza; pero una vez admitido su orígen castellano, y que desde muy jóven fue conocido por Lope de Vega, hay que optar porque el viaje de sus padres tuvo otro cualquier objeto, porque en efecto, existen, segun veremos, presunciones fortísimas de que nuestro Miguel de Cervantes estuvo desde muy niño en la córte, tanto porque así se explica su asistencia posterior á los estudios de Juan Lopez, como por haber presenciado las representaciones del famoso poeta y cómico Lope de Rueda, á quien vió seguramente en Madrid ó en Segovia, donde este comediante gra-

ciosísimo estuvo por aquellos tiempos. Así lo escribe Cervantes en el prólogo de sus comedias, advirtiendo que cuando le oyó era muchacho, y no podia hacer juicio firme de sus versos. Y así debió ser, porque la aficion y curiosidad con que le oia, y los pocos años, en que la memoria es prodigiosa, le hicieron conservar un pasage de nada menos de treinta y cinco versos, que intercaló en una de sus producciones dramáticas, de un coloquio pastoril compuesto por este varon insigne, y del cual no ha quedado más noticia, que esta tan breve dada por Cervantes.

El encuentro de nuestro jóven con la compañía alegrísima de Lope de Rueda, no es indiferente ni insignificante á la consideracion del crítico. A Cervantes, genio, debió sorprender mas que á otro alguno el talento y la *vis cómica* de Rueda, sinónimo para los españoles de gracia y de donaire. Acaso nadie como él pudo apreciar y gustar de su humor, pudiendo Rueda haber sido como el maestro del gracejo en el estilo, para dar á conocer la faz cómica de las cosas y emplear esa sal inimitable con que sazonó luego sus escritos. ¿En quién sino en un genio, pudiéramos encontrar el raro privilegio de influir eficazmente en la marcha de otro genio como Cervantes? La admiracion con que siempre le miró, la memoria que conservó de este *varon insigne en la representacion y el entendimiento*, denotan que fue en su mocedad un

gran suceso el conocimiento de Lope de Rueda.

La condicion de los padres de Cervantes, si noble, no era muy holgada, aunque es creible bastase para dedicarlo á alguna carrera. Dicen algunos, que fue dedicado á la Iglesia y luego á la medicina, y que su vocacion no le llamaba á estos dos caminos. Lo cierto es que, hasta la edad de diez y nueve años, más probabilidades hay para asegurar que estuvo en otras partes de España, que no en la córte. La autora ya citada del cuento de Cervantes, cree que éste, apasionado de Lope de Rueda, entró en su compañía y le siguió á algunas provincias: noticia de verdadero cuento, pero que refiere un hecho no impropio de la juventud de un gran genio. Tal pudo ser el encanto que le produjo el arte de Rueda, y tal el llamativo de una compañía que iba de ciudad en ciudad recogiendo aplausos con un género de vida aventurero, que el deseo de la gloria le impulsase á buscarla en el teatro. Los detalles que dió en avanzada edad del equipaje de los cómicos, la escena de la carreta en el *Quijote*, la confesion de su entusiasmo por el disfraz ó vestuario de las farsas, y el ejemplo de otros muchos que se dejaron llevar de este mismo deseo, repito que no hace tal resolucion impropia de la juventud de Cervantes, quien sin duda hablaba de sí mismo al decir: «Desde muchacho fuí aficionado á la carátula, y en mi mocedad *se me iban los ojos* tras la farándula.»

Bongeault, en su *Historia de las Literaturas extranjeras*, hace tambien á nuestro jóven autor, miembro activo de la alegrísima compañía del excelente cómico sevillano, aunque por pura presuncion como Miss Edwards.

Hay, ademas, no sé qué presunciones, de que Cervantes, sea por su natural viveza, por su aficion á aventuras, por el afan de ver mundo, por la confianza en sí mismo ó por la estrechez de su familia, dejó siendo de corta edad la casa de sus padres. ¿De dónde ha nacido la tradicion de que estuvo, como estudiante, en Salamanca? ¿Es creible que le mandasen sus padres á una poblacion distante de Madrid á hacer sus estudios, siempre costosos en aquella universidad y mucho mas no teniendo allí parientes que le ayudasen, y no á Alcalá de Henares que está á las puertas de la córte, y en donde debia tener algunos parientes y amigos? Sin embargo, no sin algun motivo se conserva en Salamanca esta tradicion. La mayor parte de los biógrafos han venido repitiendo que pasó en esta ciudad dos años, que estudió filosofía en su universidad y aun se indica el sitio de su residencia, que fue en la calle de Moros. Los eruditos, amigos siempre de perfiles accesorios, han puesto empeño en suplir á la escasez de la fortuna de Cervantes, dándole en cambio nobleza de pergaminos, pátria en Alcalá madre de ciencias, y estudios universitarios en Salamanca, rival de la

florentísima Compluto, y por consecuencia aceptaron, á cierra ojos, esta tradicion. El canónigo don Tomás Gonzalez, catedrático de retórica que fue de dicha universidad, confirmó esta creencia, diciendo que se habia matriculado Cervantes en el Instituto Salmantino; pero por las investigaciones hechas nuevamente, solo resulta, que existe esa noticia en nota de una reseña histórica de aquella universidad; puesto que examinados á mi instancia los libros de matrículas desde el año 1546, no se ha encontrado la de Cervantes.

Hé aquí una prueba mas, de que no fué á Salamanca con órden de sus padres á seguir sus estudios; lo que no obsta que estuviese en dicha ciudad, tal vez en compañía de algun jóven camarada suyo, rico, con el cual se iria, deseoso de ver aquel lugar donde tantos ingenios se reunian, ó bien agregado á alguna comision del servicio militar.

CAPITULO II.

Estudio del maestro Hoyos. — Filena, supuesto poema de Cervantes. —Sus primeros ensayos literarios. —El cardenal Aquaviva, — Opiniones sobre la causa que movió á Cervantes á marchar á Italia.— El Saavedra del «Gallardo Español».— Consecuencias de un lance de honor.—Probabilidad de que huyese á Salamanca.—Don Diego de Valdivia.— Materiales para la biografía en «El Licenciado Vidriera.—Salida de Cervantes del servicio del cardenal.

Pasada esta época de sus primeros años, en que todo es confusion y carencia de datos auténticos, parece como que venimos á poseerlos acerca de su estancia en Madrid, cuando tenia veinte y un años de edad y cursaba humanidades en el estudio público del maestro Lopez de Hoyos. En todo este tiempo no dejaria de revelar su ingenio y su amor á la poesía, dando algunas muestras de él en ligeras composiciones, tales como romances, muy en boga en aquella época. Dícese que en este período de su vida, anterior y coincidente con su asistencia á las áulas, compuso un poema pastoril intitulado *Filena*. Unos aseguran que se componia de sonetos, rimas y romances, tomando base para esta asercion

de un terceto de su *Viaje del Parnaso*, en que se lee aquel nombre. Pero no hay fundamento alguno para esta creencia, pues *Filena* vale tanto como *Filis*, allí tambien nombrada, y uno y otro son nombres poéticos de damas imaginarias, y no de poema; pues no hay memoria ni noticia en él ni en sus contemporáneos de semejante libro; al paso que declara terminantemente en el prólogo de su *Galatea*, que este poema era la primera obra que daba á la prensa.

Parece, sí, mas probable, que la *Galatea* y *El Bernardo* fuesen comenzadas en aquella edad temprana, estimulado por el estudio de la retórica y por el ejemplo de otros, que, desde las áulas, se atrevian ya á poner en práctica las lecciones y preceptos que de sus maestros aprendian. *El Bernardo* le comenzó Balbuena mientras asistia, de jóven, á las áulas, y *La Pícara Justina* de Andrés Perez, lo fue tambien, cursando éste los primeros años de su carrera. Robustecen esta suposicion la circunstancia de ser simbolizada en la heroina, la que luego fue su esposa, doña Catalina de Palalacios y Vozmediano, cuyos amores esplican en algun modo su salida para Italia, la de que, de vuelta de su cautiverio, apenas debió tener tiempo para escribirla; la del estilo mismo disertador y latinizado, y la introduccion en los finales cantos de personages en cuyas historias se ven reminiscencias de sus viajes y sucesos: por donde colijo, que al-

gunos cantos fueron escritos mientras era estudiante de humanidades en Madrid, y sólo los últimos de vuelta de sus campañas.

Ocurrió por entonces la muerte de la reina doña Isabel de Valois, y encargado su maestro Hoyos de componer los epitafios, rótulos, alegorías y cantos de las exéquias, se valió del concurso de sus discípulos y especialmente de Cervantes, á quien llama *caro* y *amado*, y el cual contribuyó con un epitafio en forma de soneto, cuatro redondillas, una copla castellana y una elegía en tercetos, compuesta por él en nombre de toda la escuela y dedicada al cardenal don Diego de Espinosa, á la sazon presidente del Consejo de Castilla é inquisidor general.

Raro es que, la primera composicion que auténticamente sabemos salió al público de manos del escritor festivo, sea una elegía para llorar la muerte de una princesa; y quien quiera que con atencion la examine, verá que este primer canto de Cervantes, parece un presentimiento, una profecía de las muchas ocasiones en que habia de cantar malogrados bienes y esperanzas suyas; y que en ella está al mismo tiempo el resorte que siempre le sostuvo y animó; en una palabra, su filosofía de la adversidad. Si en la forma de la composicion poética no se percibe al hombre inmortal, en su fondo, en sus pensamientos se ve el alma y el corazon del futuro genio.

Poco tiempo debió Cervantes estar al lado de su maestro, pues muy luego le vemos en Italia al servicio del cardenal Julio Aquaviva. Vino éste á dar el pésame á Felipe II por la misteriosa muerte del príncipe don Cárlos, ocurrida hácia fines de 1568, y de haberle acompañado Cervantes en su regreso, en 2 de diciembre del mismo año, no llegaria á completar uno en sus estudios, pues el de Hoyos se abrió en 29 de enero del mismo año. La causa y la época de este viaje no son de notoria certidumbre, y no obstante, este particular es de suma importancia, por haber sido un suceso decisivo de la suerte de Cervantes. Sin este viaje no hubiese escrito el Quijote, no fuera el Cervantes que conocemos: tal fue el influjo que la expatriacion, voluntaria ó forzosa, ejerció en el resto de su vida.

Creen algunos, y entre ellos Pellicer, que el Cardenal tuvo noticias de su ingenio, y agradándole, quiso ser espontáneamente su protector. Esto no se aviene con el abandono en que despues le vemos, que parece recordado en aquellos versos:

«A la guerra me lleva
Mi necesidad;
Si tuviera dineros
No fuera en verdad.

Otro biógrafo, extranjero, dijo: que apesadumbrado por el mal éxito de sus primeros ensayos,

y particularmente de su *Filena*, marchó á Roma llevado en alas de su resentimiento. Esto va todavía mas fuera de buen discurso, pues no podia resentirse Cervantes por el mal éxito de un libro, que solo ha existido en la fantasía de los críticos (1).

Lo que acerca de este viaje hay escrito no me satisface, ni creo que podrá satisfacer á ningun curioso observador. Sin embargo, tengo para mí que no faltan datos, si se quieren buscar y coordinar, y que podemos llegar por medio de ellos á un conocimiento bastante aproximado de este notable suceso en la vida de Cervantes.

A las presunciones ya apuntadas de que sus amores con doña Catalina comenzaron antes de su ausencia de España, hay que agregar un dato importantísimo, auto-biográfico sin duda, que poseemos en una de las comedias que dió á luz en el último tercio de su vida. Esta comedia es la que lleva por título: *El Gallardo Español*. En ella hace de protagonista un personaje llamado don Fernando de *Saavedra*, que tiene amores con una dama cuyo segundo apellido por su madre es el de *Vozmediano*, que es cabalmente el segundo apellido de doña Catalina. Píntase al Saavedra sol-

(1) De esta materia trato largamente en un artículo intitulado: *Filena, supuesta obra de Miguel de Cervantes.* Vió la luz en *La Concordia*, semanario publicado en Madrid, y en *La España Literaria*, en Sevilla.

dado en Africa al servicio de don Alvaro de Bazan, hombre valiente y sábio, jóven, de buena presencia, apasionado, aventurado y extremado en pensamientos y en fantasía. Aquí indudablemente se retrata nuestro Saavedra. Por otra parte, la jóven Margarita está al cuidado de un tio suyo, hermano de su madre llamado Vozmediano, circunstancia que concurrió en doña Catalina, que por muerte de su padre fue criada y educada por un tio suyo. Aquí indudablemente se trata de doña Catalina. Y ¿por qué esta presuncion? porque el mismo Cervantes concluye la comedia diciendo:

«No haya mas, que llega el tiempo
De dar fin á esta comedia,
Cuyo *principal intento*
Ha sido *mezclar verdades*,
Con fabulosos inventos.»

En esta produccion, que dió Cervantes á la prensa más por lo que le interesaban las noticias que de su vida contiene, que por otra consideracion, se da por hecho que los amores del Saavedra habian comenzado en España, y que un hermano de la novia, hombre linajudo é impetuoso de carácter, no considerándole bastante elevado para aspirar á entroncarse con su familia, hubo de dar al caballero galanteador una mala y ofensiva respuesta, por la cual resentido el Saavedra, echó mano á la espada y le dejó mal herido; de cuyas

resultas y para evitar persecuciones de la justicia, *ausentóse y fuése á Italia* (1).

¿Será aventurado pensar que este Saavedra es en estos sucesos figura y trasparencia de Cervantes Saavedra, y que estos hechos son, y no pueden ser otros, los *verdaderos* que confiesa haber *mezclado* con fábulas de su invencion? De ningun modo. Si el Saavedra de *El Trato de Argel* es Cervantes; si el Saavedra mencionado en la historia del cautivo es Cervantes, ¿quién ha de ser este Saavedra de *El Gallardo español*, cuyo carácter cuadra y ajusta tan por extremo con el de nuestro novelista?

Harto explícita es su declaracion. El objeto principal del autor era referir sucesos verdaderos; hacer una especie de memoria de algunas de las circunstancias de su vida, que como novelesca, se prestaba á servir de fondo á variedad de cuadros. Esta comedia en union con otras, sacadas de su encerramiento y oscuridad, vió que no eran tan malas que no mereciesen ser leidas y conocidas: opinion que fortificaria en él acaso el amor propio, imaginándose que alguna vez caeria del todo el disfraz que por entonces cubria hechos verdaderos mezclados con fabulosos.

(1) Mas extensamente he tratado acerca de este punto en un artículo intitulado: *Viaje de Cervantes á Italia*, que vió la luz en *El Español de Ambos Mundos*, en Lóndres; en *La Union*, en Madrid, y en *El Madrileño*, semanario de la córte.

Concierta esta version con lo que se ha apuntado ya respecto á *la Galatea*, que debió bosquejarla en la ocasion de sus amores con doña Catalina, puesto que todos convienen en que esta dama está representada en la principal heroina, y si Cervantes fue rechazado por alguno de esta familia con palabras ofensivas de su honor de caballero, por la sola razon de no ser rico, bien puede admitirse que la satisfaccion que tomó Saavedra con la espada, dejando al ofensor mal herido, fue la respuesta del hidalgo Cervantes, y la ausencia del sobredicho caballero de la comedia á las partes de Italia, el partido que tomó Cervantes para evitar las persecuciones ó venganzas del herido.

Tenemos, pues, hasta ahora en limpio, que la causa del viaje á Italia del Saavedra, fue un lance de honor, una disputa ó pendencia ocasionada por amores de que resultaron heridas graves. Veamos ahora, si hay algun dato ó indicio de que motivo semejante pudiese obligar al verdadero Saavedra á *ausentarse* de la córte é irse á Italia.

Nótese que nuestro autor, no tiene reparo en dar á luz sus *Comedias* y *Entremeses* que en buena crítica son bastante endebles.

La misma inteligencia que trazó el *Quijote*, rasgueó esas composiciones como para dar fe de que era un *simple mortal* el que concibió el gran poema del Manchego hidalgo. Pero si esto es así, tambien lo es que todo escritor guarda en su gabeta

ó rompe las composiciones de notoria mediocridad, y estas dos colecciones no estaban á la altura de nuestro escritor insigne. ¿Por qué, pues, las dió á la estampa? Demos por concedido que en algo influyó la necesidad; pero este motivo no destruye la razon del objeto principal que el mismo autor declara, y cuando se observa que en efecto, se halla justificado este fin especial en las mismas obras, debemos suponer que Cervantes, acaso se resolvió á su publicacion más por la conveniencia moral y biográfica, que por la pecuniaria. De todos modos si ambas consideraciones tenian igual peso en la balanza, su resolucion era acertada y discreta. Un genio que sabe haber conquistado la inmortalidad, se cura poco de *pecadillos literarios*, y más si en ellos lleva alguna intencion que nada tiene que ver con las letras, como sucede en las letras de que tratamos.

Nótese bien, igualmente, que en el *Entremés* de «*La Guarda cuidadosa*,» cuya excelencia artística Cervantes seria el primero que pusiera aparte, se habla sin disfraz de un personaje, á quien harto conoceremos en el discurso de estos ensayos, y cuya composicion no parece escrita mas que para consignar el nombre de esta figura fatídica y diabólica.

Todas estas razones hacen creer en la franca declaracion de nuestro ingenio en su Comedia de *El Gallardo español*, y que su viaje á Italia fue un

accidente impensado, una resolucion á que se vió obligado por consecuencias graves de una pendencia originada de amores.

Cabalmente hay un documento recientemente publicado, que nos llena las medidas en este punto. Existe el texto original de una real provision, fechada en 1569, en la que se manda prender á un tal Miguel Cervantes, que andaba por las partes de España, á consecuencia de heridas causadas á un Antonio Sigura. Este Antonio Sigura, se dice en la provision *andante en córte*. Ya tenemos aquí un nuevo y precioso dato que concierta con el espuesto en la comedia, á saber: que el Saavedra tuvo un lance de honor en España. ¿Conviene la época? En 1569 estaba Cervantes en Madrid. ¿Y qué relacion pudo tener este Sigura con los amores de Cervantes ó con la familia de su novia entonces doña Catalina? Y aquí aparece un dato de otra índole que coincide con lo dicho en la comedia. En el libro intitulado «*Un paseo á la patria de Don Quijote,*» escrito por don J. Jimenez Serrano, versado en las tradiciones de la Mancha respecto á Cervantes, se refiere, que cuando éste trató de su boda con doña Catalina, se opuso al enlace con el mayor encarnizamiento un *primo* de dicha señora, hidalgo presumido y ridículo, que no conceptuaba á Cervantes par con la alteza de su familia.

¿Qué más pruebas necesitamos? Por una parte

un pasaje auto-biográfico; por otra un documento oficial, y por otra la tradicion, concurren en poner en evidencia un hecho; y es, que Cervantes tuvo una pendencia por cuestion de amores. Y ya vemos un motivo de fuerza bastante para que, siendo jóven y hallándose dedicado á los estudios, los abandonase repentinamente, y se ausentase de Madrid. Nótese bien, que en la comedia se dice *ausentóse* y fuése á Italia; lo que no indica que precisamente partiese sin dilacion á este reino, sino que lo primero que hizo fue ocultarse y salirse de la córte, por lo cual se dice en la provision, *que andaba por las partes de España*. Así es creible, porque un jóven, poco abundante en recursos, no tendria comodidad para hacer inmediatamente un largo viaje á pais extranjero.

Débese el conocimiento de la *Real Provision* citada al entendido y discreto biógrafo y crítico señor don Gerónimo Morán, que le inserta en su notable *Vida de Cervantes*, impresa en el tercer tomo de la edicion del *Quijote*, hecha con todo lujo y esmero en 1863 en la Imprenta Nacional. Los comentarios que hace sobre este curioso hallazgo, no dejan de ser atendibles, y no se oponen en sustancia á la opinion que dejo manifestada, de que una grave cuestion de heridas por causa de amores, decidió á Cervantes á ausentarse de Madrid. Es más, el relato de la comedia no pierde nada de su valor por el texto de la Real

Provision que dice: «por haber dado ciertas heridas en esta córte á Antonio de Sigura, *andante en esta córte*, pues evidente es que no habia de reñir Cervantes con un ministril de la justicia de buenas á primeras, sino á consecuencia de lance con un caballero. Estas ocurrencias eran frecuentísimas en aquella época, tanto por los desafueros ó actos irritantes de los corchetes, como por la independencia y dignidad de los caballeros, que odiaban sus maneras y tropelías. Bien pudo el contrario herido no perseguir á Cervantes, pero sí la justicia, de oficio, por lesiones inferidas á uno de sus miembros, y como éstas fuesen un episodio ó apéndice de la lucha, Cervantes hizo mencion solo de lo principal. Si bien se examinan sus obras, se verá que siempre zahirió y se burló de estos ministriles ó corchetes que solian extralimitarse en el ejercicio de su cargo, y el dar cuchilladas á alguaciles no era nuevo ni inmerecido.

Cree por esto el señor Morán, y aun halla alguna indirecta alusion en el *Quijote* de Avellaneda, que el cardenal Aquaviva fue el medio de salvacion de Cervantes, y que tal cuestion por causa de amores, fue esa incógnita imprudencia que trastornó el feliz rumbo de su estrella. En esta parte difiero de su juicioso parecer. La misma Provision indica que el perseguido se hallaba entonces, en 1569, en la ciudad de Sevilla, y esto era un obstáculo para que dicho prelado y

nuestro escritor se hallasen en España. Por lo demás, estoy más inclinado á creer, que los tiempos venturosos de Cervantes, á que alude en su *Viaje al Parnaso*, han de colocarse durante su residencia en Italia.

Pero en fin, ya vemos aquí que si Cervantes hubiese ido como se creia, en la comitiva del Cardenal, ni se hubiera dictado esa provision, nise dijera en ella que estaba en las partes de España. Esta parte de España no pudo ser otra que la de Salamanca, justificándose así la tradicion de que vivió en aquella ciudad un corto tiempo, y que estudió, aunque no se matriculó en las clases de filosofía. La falta de matrícula induce á corroborarnos en la idea de que fué como compañero y camarada de algun caballero jóven, estudiante, y allí sin duda encontró un capitan que estaba haciendo gente para Italia, y prendado éste del ingenio de Cervantes, *á pocos lances*, como dice la novela de Vidriera, y enamorado nuestro jóven Miguel de la vida de la soldadesca y de la pintura que le hiciera de la belleza de Nápoles, de las holguras de Palermo, de la abundancia de Milan y de los festines de Lombardía, quisiese gozar de la vida libre del soldado y de la libertad de Italia.

Esta afirmacion que aquí se hace del encuentro con un capitan que le ofreciese llevarle á Italia en su compañía, no es tan arbitraria como á primera vista parece, y en el discurso de esta vida

habrá ocasion de mostrar, que el caballero don Diego de Valdivia, con quien Tomás Pedraja se embarcó en Cartagena, fue amigo y protector de Cervantes, y por lo tanto que el mencionar su nombre en aquella novela y acumular detalles acerca de su espedicion, indica que hay en esta obra mucho que conviene al autor mismo.

Se dirá en objecion á lo expuesto, que Cervantes fue camarero del cardenal Aquaviva en Roma, con el cual se hallaba antes de la batalla de Lepanto, y que ¿cómo pudo entrar al servicio de su eminencia siendo soldado y hallándose obligado á seguir sus banderas? La respuesta á esta objecion es muy sencilla. Nace de los mismos fundamentos que vamos analizando, y la presta el mismo Cervantes en la relacion que verosímilmente es auto-biográfica. La variacion de empleo supone, que debió salir de España, no sentado en bandera, ni puesto en lista de soldado, y por lo mismo no obligado á seguir las filas, sino que fué como camarada, ó con algun cargo que no le sujetase á compromiso y coartase su libertad. Hé aquí el pasaje de la novela del licenciado, que sin inconveniente alguno, puede considerarse como relato verídico de los sucesos del autor:

«Poco fue menester para que Tomás aceptase el envite, haciendo consigo en un instante un breve discurso, de que sería bueno ver á Italia y Flandes y otras diversas tierras y paises, pues las

luengas peregrinaciones hacen á los hombres discretos, y que en esto á lo mas largo podia gastar tres ó cuatro años, que añadidos á los pocos que él tenia, no serian tantos que impidiesen volver á sus comenzados estudios; y como si todo hubiera de suceder á la medida de su gusto, dijo al capitan que era contento de irse con él á Italia, pero habia de ser á condicion que no se habia de sentar bajo bandera, ni poner en lista de soldado, por no obligarle á seguir la suya. Y aunque el capitan le dijo que no importaba ponerse en lista, que ansi gozaria de los socorros y pagas que á la compañía se diesen, porque él le daria licencia todas las veces que se la pidiese. Eso seria, dijo Tomás, ir contra mi conciencia y contra la del señor capitan, y asi mas quiero ir suelto que obligado.»

Por la misma razon, el itinerario de esta expedicion á Italia debe creerse racionalmente que sea el que describe en esta novela, pues no tenia necesidad de inventar otro para su héroe, ni figurar los detalles que amontona, habiendo hecho el autor una escursion idéntica. De modo que bajo este dato aceptable, tendremos que Cervantes se embarcó en Cartagena, y el primer puerto donde tocó fue en Génova, pasando de allí á la capital del mundo cristiano.

Siguiendo el principio propuesto en mis trabajos, de que Cervantes por nadie puede esplicarse

mejor que por sus obras, motivos hay para hacer alto y comentar este diálogo de la novela del Licenciado.

En primer lugar no hay que perder de vista que tal cual nuestro ingenio pinta á Tomás Pedraja, á vueltas de su monomanía, no es una figura bajo cuya máscara se desdeñase el autor de aparecer. Pedraja es un carácter elevado, un hombre que, á fuerza de estudios, incurre en una debilidad de cascos, como Don Quijote incurre en el achaque de caballerías. El escesivo estudio produce en ambos análogas consecuencias *secundum genus suum*. En Pedraja, excitado por la lectura de los autores eruditos y copiosos en todo género de hechos psicológicos produce la melancolía *pacífica*, el deseo de averiguar la verdad, y se figura que es de vidrio. En Quijano, excitado por la lectura de los autores caballerescos, produce la melancolía *belicosa*, el deseo de combatir los males á punta de lanza. Pero ambos son dos creaciones dentro del temple del alma de Cervantes, á la vez pacífico y belicoso, á la vez activo y contemplativo como su vida y sus obras lo demuestran.

Veamos ahora el temperamento de las razones de Tomás y si conciertan con el espíritu y carácter de nuestro héroe.

La presteza con que Tomás se decide á hacer el viaje á Italia y Flandes, apenas se le propone,

es una nota y signo infalible de que habla y se sustituye Cervantes por él. Tal resolucion es propia, no de un hombre calculador, apocado y mezquino. Es propia de un poeta, de un ingenio vivo, imaginacion fogosa y corazon ardiente, de esos caracteres que se abandonan á la virtud de sus arranques, á su esperanza en la verdad de sus ilusiones, á su fe en los favores de la fortuna.

Además, uno de los axiomas que pueden ser con justicia apellidados cervantismos por antonomasia, se encuentra en la frase favorita de Cervantes, de que *las luengas peregrinaciones hacen á los hombres discretos*.

La razon (si otra necesitase un personaje del temple de Vidriera, ó, dígase Cervantes) que despues alega para decidirse, cuadra perfectamente con las condiciones y edad de nuestro escritor famoso. Calcula que en ver estrañas tierras podia gastar *tres ó cuatro años*, que añadidos á los pocos que él tenia, no serian tantos que le impidiesen volver á sus *comenzados estudios*.

¿Quién no ve en esto una verdadera página de la vida de Cervantes? Colocado en la situacion que le hemos visto, con protesta de visitar estrañas tierras, jóven y aventurero, ¿qué le importaba hacer un paréntesis en su vida de estudiante, si podia luego volver con más esperiencia y discrecion á sus comenzados estudios?

Pero aun todo èsto, por verosímil y fundado

que parezca, podia ser arbitrario y dudoso. Lo que no ofrece duda, lo que desde luego se autoriza como retrato de Cervantes, es la *reflexion* siguiente, que confirma cuanto va dicho.

«Y *como si todo hubiera de suceder á la medida de su gusto...*»

¡Reflexion amarga! dolorosa crítica del escritor *experimentado* contra el jóven *inexperto*! ¡Sombra lejana de la idiosincrasia del Quijote que todo lo veia color de rosa. ¿Quién no reconoce al hidalgo de la Mancha en esta resolucion del jóven y en esta reflexion del viejo? ¿Quién no se imagina un Quijano de corta edad confiado en la suerte, creyendo que todo ha de sonreirle, que ha de ver estrañas tierras, aprender ciencia de vida y costumbres, alcanzar prez y fama por su valor, sin acordarse, como cualquier Sancho Panza lo hiciera, de esos que tanto abundan en el mundo, de que el horizonte está sujeto á nublado y tempestades, de que lo recto puede torcerse, de que el hombre propone y Dios dispone, de que las mas fundadas esperanzas suelen confundirse en humo, de que no hay que contar con nada firme y verdadero en este mundo de mudanzas y fluctuaciones? ¿Cabe en la jóven fantasía de quien supo y pudo despues delinear á la *gran víctima de sus ilusiones* y el *gran ejemplo de los desengaños*, que el curso de la fortuna de tal modo se torciese, que los *cuatro años de recorrer tier-*

ras, se trocasen en *cinco de cautiverio en Argel?*

¿No es evidentemente la reflexion que se ha citado, el reflejo de su conciencia sobre la más crítica é importante resolucion de su vida?

Si á esto se agrega su escrúpulo de *sentar bandera*, y su resistencia á burlarse de las ordenanzas y leyes de la milicia, no podremos menos de convenir en que este importante pasaje de la novela del Licenciado es una verdadera *relacion auto-biográfica.*

Yo no tengo datos autógrafos para aceptar la opinion de que Cervantes partiese de España como paje del cardenal Acquaviva. Paréceme que á limpio correr, se despega del genio y carácter de nuestro héroe dejar los estudios, en situacion normal y tranquila, para formar parte de servidumbre de príncipes y menos de la Iglesia.

Compréndese muy bien, por el contrario, que puesto en las circunstancias que hemos visto, fugitivo de la córte por una cuestion de honra y persecucion de la justicia, amistado con un militar que alistaba gente para Italia, seducido por sus halagüeñas pinturas de los paises que debia recorrer, animado por los ejemplos de poetas y escritores españoles, que lo mismo enristraron la lanza que tomaron la pluma, entusiasmado por la gran contienda que se abocaba del predominio de la cruz y la media luna, deseoso de ver estrañas tierras y confiado en su buen corazon y fuerte

ánimo, Cervantes fué á Italia de la manera, por los móviles y con el objeto que él mismo refiere en la novela del *Licenciado Vidriera*.

En efecto, solo asi se comprende que dedicado á las letras en 1568, se le vea despues abandonar repentinamente los estudios que con tanto éxito cultivaba. Para verificar este viaje intempestivo, es probable que echase mano del primer recurso que se le ofreciese, y tal vez no halló otro que irse en compañía de algun militar, como refiere que fueron Pedraja y Vicente de la Rosa. Esto esplica tambien cómo en 1577 pudo escribir á Vazquez, que hacia diez años que estaba al servicio de Felipe II; pues saliendo de Madrid hácia fines de 1568, no va muy errada la cuenta. Ya en Italia, la ocasion de mudar de empleo y servir al cardenal, se facilitaba más que en la córte de España, porque hay más entrada y relaciones entre extranjeros fuera de su patria, más espíritu de proteccion entre compatriotas; y ya fuese porque hallase entre la servidumbre un amigo, ya por el interés que inspirara un jóven lejos de su familia y sin apoyo, pudo obtener un lugar en el servicio de aquel príncipe: lugar que no ocupó mucho tiempo, por no ser apropiado el carácter de Cervantes para las antesalas y antecámaras de palacios.

De Lope de Vega decia en su oracion fúnebre el doctor Quintana: «Secretario fue en su juven-

tud, de dos príncipes grandes; y cuando estimaban más su persona los dejó por huir las lisonjas y estimaciones de sus familias, y estaba tan averso, ó por mejor decir, desengañado de este género de favores, que solia decir: Aun á las figuras de los tapices de palacio tuviera lástima si tuvieran sentimiento.» Si esto pasó en la juventud de un escritor que tanto gustó luego de la lisonja y tan bien se halló con el favor de los príncipes, ¿qué no seria en nuestro jóven durante su vida, enemigo de todo lo que tenia sabor cortesano? Si, como se desprende de su corta estancia en Roma, el cardenal no hizo la distincion que merecian sus talentos y buenas disposiciones ayudándole á proseguir sus estudios en alguna de las famosas universidades de Italia, no es estraño que, pobreza por pobreza, eligiese la del soldado, y tuviesen para él mas alicientes los peligros y mudanzas de la guerra, que la vida muelle y afeminada de los palacios. Bien deja entender Cervantes, siempre agradecido á sus bienhechores, en el silencio que guarda acerca de este período, que la estancia en el servicio de Aquaviva fue un recurso para no morirse de hambre en país lejano, y aquellas palabras del gallardo español Saavedra:

> ..... «me aplico
> A ser soldado; señal
> Que de *bienes* me va *mal*,»

indican que nada tuvo que agradecer á su eminencia.

¡Cuán de otra suerte fuera, si este príncipe de la Iglesia se hubiese prendado de las cualidades é ingenio del favorito discípulo del maestro Juan Lopez Hoyos! ¿Por dónde y de qué manera un Legado del Papa, con el lujo, el fausto y la importancia que entonces estas dignidades tenian, pudo cobrar afecto señalado á un estudiante sin duda mas atento á hojear á Ovidio y á Virgilio, que á solicitar empleo de paje, tan distante y distinto de sus aspiraciones? Si por algo, la personalidad de nuestro jóven ingenio pudo llamar la atencion á magnates de tal valía en aquella época, no pudo ser por otro título que su suficiencia y precocidad en años tan cortos. ¿Y es compatible este reconocimiento de sus prendas con el empleo de paje? Suponiendo que Cervantes admitiese cualquier destino de su Eminencia por la ocasion que se le presentaba de salir de España y visitar estrañas tierras, ¿es creible que en el más modesto empleo no fuese Cervantes *la cabecera*, que no se diese más y más á querer á su protector; que éste no encontrase cada dia más motivos y ocasiones de adelantarle?

No encuentro fundamento bastante para lanzar sobre este príncipe eclesiástico la severa acusacion de haber arrancado de los estudios á un jóven escolar que tanto se distinguia, para darle en

cambio un puesto en su servidumbre en que sobraba la cabeza para desempeñarle.

Sin embargo, y para ser imparcial y justo, viénense á mi memoria reconvenciones de Cervantes contra sí mismo, acusándose de haber sido venturoso y desventurado por su insensatez. ¿A qué período de su vida pudo referirse? ¿Cuándo hemos visto dichoso á Cervantes? No en España ciertamente; No en Africa. ¿Sería tal vez en Italia, en la época de la proteccion de Aquaviva? ¿Sería que él llamase *ventura* la novedad de paises estraños, la falta de cuidados, la sobra de esperanzas é ilusiones, y la buena y espléndida mesa del palacio de un Cardenal en dias atormentados por las angustias, los desengaños y la estrechez?

De todos modos, creo que, si por alguna imprudencia ó ligereza de juventud perdió Cervantes una situacion que con justicia pudiese llamar *venturosa*, debiera haber sido más esplícito, tanto más, cuanto que de su parte procedia la *insensatez* y de parte del Cardenal la *proteccion* y el *favor*.

Por más que trabaje aquí el buen sentido y penetre el escalpelo de la crítica, no se halla solucion satisfactoria. Hay que dejar lo *desconocido* por lo *conocido*, y creo que mi opinion, segun los datos, es la más aceptable.

CAPITULO III.

Estímulos á la gloria.—Sienta nuestro héroe plaza de soldado.—Batalla de Lepanto.—Relacion de esta jornada debida á su pluma.—Mencion que tuvo que hacer de sus servicios.—Estimacion y recompensas que mereció de don Juan de Austria.—Se embarca para la conquista do Tunez.—Reminiscencias de sus viajes.—Su regreso á España en la galera *Sol*.—Combate con los moros y cautiverio de los españoles vencidos.

Era entonces Italia cuartel de las milicias españolas. En todos sus puertos veíanse galeras que traian la flor y nata de los guerreros preparados para uno de los mas grandes hechos navales de que el mundo fue testigo. Imposible era que de tanto entusiasmo no participara el pecho de Cervantes; que no le llamasen la atencion la vida alegre del soldado, su liberalidad y sus costumbres y trato llano y confiado que ya conocia por esperiencia, y sobre todo la clase de enemigos que habia que combatir. Veria amigos y aun compañeros en su juvenil aficion á las musas, deseos de gloria, y tan dispuestos á esgrimir la espada en el calor de los combates, como á escri-

bir un poema sobre los cadáveres, sirviéndole de mesa el yelmo y de tinta la roja sangre. ¿Cómo resistir un genio á los estímulos de la gloria, do quiera y como quiera que ésta se brinde á su noble ambicion de inmortalidad? Quien ya desde muy niño habia alimentado su imaginacion con innumerables pinturas de guerras de los Doce Pares contra los moros, ¿podia ver acercarse impasible el formidable encuentro de la cristiana y la turquesca armada? Agréguese á esto la opinion que tuvo siempre de que el ejercicio de las armas asienta mejor que en otros en los caballeros; que las fuerzas del ingenio, juntas con las del corazon, forman un compuesto milagroso *en quien Marte se alegra, la paz se sustenta, y la república se engrandece*. Su pecho se enardece al contemplar tan formidables aprestos navales, y ansioso de peligros en qué cobrar fama de valiente, como esperaba alcanzarla de sabio, sienta plaza de soldado, incorpórase en la compañía del capitan Diego de Urbina, destacada de aquellos valerosos y famosísimos tercios que hacian temblar la tierra con su mosquetería, y se embarca en la galera *Marquesa* al mando de Sancto Pietro de la escuadra de Juan Andrea Doria, jefe de las fuerzas navales del rey de España, que en union con las del Papa y las venecianas, mandaba como generalísimo el serenísimo príncipe don Juan de Austria. El instante terrible se acerca, la escuadra unida

avista á la enemiga, la persigue y la presenta batalla el 7 de octubre de madrugada en la embocadura del golfo de Lepanto. Trábase el combate por el ala que mandaba Barbarigo, y se estiende en breve á toda la línea. Cervantes, abatido por la fiebre en aquel entonces, y postrado en el lecho, cobra aliento al oir el estruendo de los combatientes, y puesto en que el soldado mas vale muerto en el campo que vivo en el doliente lecho, sin armarse apenas, toma su espada, aparece en la cubierta y pide á su capitan un arriesgado punto en qué batirse. Urbina y sus camaradas le reconvienen y le instan á que se retire á la cámara; mas el gallardo y pundonoroso jóven se obstina diciendo: «en todas las ocasiones que hasta hoy se han ofrecido de guerra á S. M. y se me ha mandado, he servido muy bien como buen soldado, y así ahora no haré menos aunque esté con calentura: ¿qué dirán de mí? que no hago lo que debo. Más quiero morir peleando por Dios y mi rey, que no meterme so cubierta á cuidar de mi salud. Así que, póngaseme en la parte mas peligrosa, que allí estaré ó moriré peleando.» Cumple Cervantes con los deberes del guerrero, y saca de la lucha la alta recompensa de los valientes: las heridas, que son, segun su dicho, estrellas que guian al templo de la gloria. Pero dejemos relatar al mismo héroe esta ocasion, la mas alta que vieron los siglos pasados, ni esperan ver

los venideros; hable el genio y el soldado, que en otra ocasion más triste y más funesta canta estos hechos dignos de eterna memoria, con el acento y la entonacion de un gran poeta:

. . . . . .

«En el dichoso dia que siniestro
Tanto fué el hado á la enemiga armada,
Cuanto á la nuestra favorable y diestro;
De temor y de esfuerzo acompañada,
Presente estuvo mi persona al hecho,
Mas de esperanza que de hierro armada.
Ví el formado escuadron roto y deshecho,
Y de bárbara gente y de cristiana
Rojo en mil partes de Neptuno el lecho,
La muerte airada con su furia insana
Aquí y allí con priesa discurriendo,
Mostrándose á quien tarda á quien temprana,
El son confuso, el espantable estruendo,
Los gestos de los tristes miserables
Que entre el fuego y el agua iban muriendo
Los profundos suspiros lamentables,
Que los heridos pechos despedian,
Maldiciendo sus hados detestables,
Helóseles la sangre que tenian
Cuando en el són de la trompeta nuestra
Su daño y nuestra gloria conocian.
Con alta voz de vencedora muestra,
Rompiendo el aire claro, el són mostraba
Ser vencedora la cristiana diestra.
A esta dulce sazon, yo, triste, estaba
Con la una mano de la espada asida,
Y sangre de la otra derramaba.
El pecho mio de profunda herida
Sentia llagado, y la siniestra mano
Estaba por mil partes ya rompida.
Pero el contento fue tan soberano,
Que á mi alma llegó, viendo vencido

El crudo pueblo infiel por el cristiano,
Que no echaba de ver si estaba herido,
Aunque era tan mortal mi sentimiento,
Que á veces me quitó todo el sentido.»

Y este contento le tuvo Cervantes toda su vida, en medio de las vicisitudes de su suerte, y ya que tan menguado premio tuvieron sus proezas. A pesar del buen deseo de don Juan de Austria, que desde entonces le consideró y estimó sobre todos sus soldados, no perdonó coyuntura de gloriarse de sus heridas y de recordar aquella conducta pundonorosa y alentada, cuando huian las fuerzas de sus miembros desfallecidos. Díjolo tambien, porque harto conocia las injusticias de la suerte, y la muy triste del soldado que, contribuyendo con su sangre y prodigios de valor á la victoria, se oscurece, y solo llevan la gloria los generales. Muy cierto es, que á no consignar Cervantes estos hechos, no los conoceríamos: por esto puso en boca de Sancho estas significativas palabras acerca de las victorias: «Hánse de llevar ellos la fama de las que acaban, y hemos de llevar nosotros el trabajo. Aun si dijesen los historiadores: el tal caballero acabó la tal y tal aventura, pero con la ayuda de Fulano su escudero...» Al escribir lo cual, tendria presente sus hechos y el olvido de los historiadores; cosa que hoy no sucede, á gran ventura, pues hasta el más ínfimo combatiente que por su valor se señala, tie-

ne al menos el consuelo de que sean públicos su nombre y sus proezas, y alcancen alguno aunque pequeño galardon.

Cierto es, como ya he dicho, que la conducta de Cervantes fue objeto de admiracion de sus compañeros, capitanes, y del mismo don Juan de Austria, que al visitar los diversos cuerpos al siguiente dia fue informado de la gallardía y ánimo de aquel jóven herido y estropeado de la mano izquierda; pero lo que pudo hacer por entonces aquel príncipe, fue consolarle, mostrar interés por su suerte, y adelantarle tres ducados de paga mensuales, reservando mayores adelantamientos en su fortuna á la gratitud del monarca español.

No será inoportuno observar en este lugar, que atendiendo á las frases de nuestro soldado, de que habia cumplido como bueno en todas las ocasiones de guerra que á Felipe II se le habian ofrecido, la estancia al servicio del cardenal Aquaviva debió ser tan corta, que casi podria dudarse que estuviese con él. Por un lado dice don Rodrigo de Cervantes en la informacion que presentó en Madrid en 1578, que su hijo habia servido á S. M. de diez años á aquella parte. En su carta á Vazquez manifiesta nuestro escritor que hacia diez años estaba al servicio de Felipe II: y en su memorial al rey, hecho en 1590, expresa que llevaba veintidos años de tomar parte en jornadas de mar y tierra, afirmaciones que coinci-

den en fijar el año 1568 como la época en que entró en la carrera militar. ¿Qué tiempo pudo estar en la casa de Aquaviva, cuando el pasaporte expedido para él en Aranjuez estaba fechado en 2 de diciembre de 1568? En el precioso entremes «*La Guarda cuidadosa*,» no tanto por lo chistoso del carácter del soldado, como porque evidentemente se pintó en él nuestro festivo escritor, dice aquel al amo de Cristina: «Advierta que ahí dentro de ese envoltorio de papeles van las informaciones de mis servicios, con *veintidos fes de veintidos generales*, debajo de cuyos estandartes he servido, amen de otras *treinta y cuatro* de otros tantos maestres de campo que se han dignado de honrarme con ellas.» A esto responde el amo:—«Pues no ha habido, á lo que yo alcanzo, tantos generales ni maestres de campo de infantería española de cien años á esta parte.» Vuestra merced es hombre pacífico, replica el soldado, y no está obligado á entendérsele mucho de las cosas de la guerra: pase los ojos por esos papeles, y verá en ellos, unos sobre otros, todos los generales y maestres que he dicho.»

No puede negarse que este pasage intencionado se refiere á nuestro escritor, y en medio de la exageracion que el género literario reclama y pide el carácter del soldado, viene á recordar las muchas campañas que habia hecho y las muchas recomendaciones de jefes que habia tenido, todo

lo cual no impidió el estar olvidado y sin recompensa, no pudiendo ofrecer á Cristina más que garbo, brio y galanura, que en punto á bienes de fortuna no llevaba más que una biznaga para monda dientes.

En la distribucion que de las fuerzas militares se hizo despues de la victoria, no pudo entrar nuestro soldado que pasó seis meses curándose en los hospitales de Medina; mas apenas restablecido, solicitó reembarcarse en las galeras de don Alvaro de Bazan, marqués de Santa Cruz, con el tercio del valentísimo capitan don Lope de Figueroa, al cual fue incorporado, asistiendo á la jornada del siguiente año, en donde vió la ocasion que allí se perdió de no coger en Navarino toda la armada turquesca; pero el cielo, dice Cervantes, lo ordenó de otra manera, no por culpa ni descuido del general, sino por pecados dè la cristiandad y porque quiere y permite Dios que tengamos siempre verdugos que nos castiguen.

En el siguiente año de 1573, aun no bien cicatrizadas sus heridas, asistió á la conquista de Túnez, en donde entró con el marqués de Santa Cruz, formando parte del tercio de Figueroa, y deseoso de ver á la morisma de vencida; pero no se le logró este deseo, por las alianzas, planes ó desaciertos de los que en la liga intervinieron y malograron tan buenos principios. Hasta junio del siguiente año de 1575, estuvo Cervantes por mar

y tierra á las órdenes del duque de Sesa y de Marcelo Doria, teniendo ocasion de ver y conocer varias partes de Italia, y enterarse de particularidades y costumbres que tan oportunamente supo describir y diseminar en sus obras.

Su memoria, que no era ingrata, le conservó el recuerdo de las ciudades principales que habia visitado; entre ellas Venecia, á quien compara con Méjico, y admira su riqueza infinita, su gobierno prudente, su sitio inexpugnable, su abundancia mucha, su famoso arsenal y sus contornos alegres; Ferrara, Parma, Plasencia, Milan oficina de Vulcano, cuyo templo admiró y la grandeza y abundancia de las cosas; Luca, la hospitalaria de los españoles; Florencia, agradable por su asiento, limpieza, suntuosos edificios, fresco rio y apacibles calles; Roma, leon colosal de que vió las uñas en los despedazados mármoles, medias estátuas, rotos arcos y derribadas termas; grande por sus pórticos y anfiteatros, por su famoso y santo rio, por sus puentes sus calles, montes y vías; Nápoles, á quien llama la mejor ciudad de Europa y aun de todo el mundo; Palermo por su asiento y belleza admirable, y Mesina por su puerto famosa, y por su abundancia llamada el granero de Italia.

Vió monumentos, admiró grandezas, conoció hombres de valía, estudió idiomas, y tuvo en la escuela de la milicia, liberal, franca y confiada, aquel aprendizaje que tanto le valió en sus futu-

ras adversidades, como que sin él hubiera sucumbido á tan reiterados golpes. En medio de la vida azarosa del guerrero, pocos sacaron de una peregrinacion tantos frutos como Cervantes, á cuya penetrante observadora mirada nada se escondia. Su expedicion á Italia y las grandes empresas en que tomó parte en una edad tan temprana engrandecieron su fantasía, se grabaron en su memoria de una manera indeleble, dieron pábulo á su mente y su imaginacion, inclinadas á lo grande y maravilloso, á lo heróico y extraordinario, y le elevaron á una region en que hombres y cosas debian parecerle de mayor talla. Cervantes, simple soldado, habia cumplido y aun excedido el cumplimiento de su deber, haciéndose notar por su esfuerzo y valentía en sus pocos años: así que, conclusas las jornadas y viéndose inutilizado por su manquedad y estropeado con sus heridas, resuelve volver á su pátria á recibir el premio de sus altos hechos, y pide y obtiene su licencia de don Juan de Austria con enérgicas recomendaciones de éste, del duque de Sesa y de sus jefes para el monarca español, á quien estaba reservada la justa recompensa de sus servicios. Gozoso nuestro soldado, se embarca en Nápoles hácia el otoño de 1575, en la galera española *El Sol*, en compañía de su hermano don Rodrigo, soldado tambien en las campañas de Italia, y de otros caballeros y personas principales, entre las cuales iba don Pero

Diez Carrillo de Quesada, gobernador que habia sido de la Goleta y general de artillería en Nápoles (1). Mas la fortuna variable, de cuya condicion no se puede prometer firmeza alguna, envidiosa de la ventura que en tornar á su pátria y al seno de su familia le esperaba, quiso turbarla con la mayor desventura que imaginarse pudiera. La noche del 25 de setiembre, despues de haber pasado tan

(1) De esperar es que con el tiempo puedan seguirse los pasos de nuestro jóven estudiante y galan soldado en sus campañas á las órdenes de Marco Antonio Colona, así como sus movimientos desde que curado en el hospital de Mesina y aventajado con tres escudos más de paga, se le pierde de vista hasta encontrarle en 1575, á las órdenes del duque de Sesa. Podrán ayudar á estas investigaciones escritos de autores de aquel tiempo, así italianos como españoles, reconstruyéndose la completa narracion que acertó á escribir en Lóndres nuestro célebre bibliógrafo don Bartolomé José Gallardo para la traduccion que hacía del *Quijote* el inglés Mr. Smirke, hácia 1822-23. Dicha relacion histórica de la vida de Cervantes no llegó a publicarse, porque cuando el traductor conoció á nuestro diligente compatriota, estaba ya impreso el primer tomo, y por más que procuró abreviarla, desigualaba en mucho el volúmen provisto de la vida escrita por Pellicer. Con todo, y por aprovechar las nuevas noticias de Gallardo, consentian los editores en descartar dicha biografía; pero tan buenos deseos se estrellaron en la mezquindad de los libreros. *Cadel* y *Davis*, no querian aventurarse á más desembolsos, privándonos así indirectamente de conocercer tan importante reseña, puesto que el fruto de tanta labor vino á encontrar sepultura en el fondo del Guadalquivir en el memorable saqueo de Sevilla el dia de San Antonio.

Lástima es que tambien se perdiese *La Batalla Naval*, drama escrito por Cervantes, de quien nadie ha visto hasta ahora un ejemplar impreso ni manuscrito, y en la que debió dar interesantes noticias. Acaso algun dia tenga lugar tan fausto deseo, pues el no haberla introducido entre las que publicó, parece argüir su gran popularidad. Otra escribió Lope de Vega con el mismo título y ha tenido igual suerte á lo que entiendo.

cerca de Berbería, que los recien derribados muros de la Goleta descubrieron, y las antiguas ruinas de Cartago se manifestaban, y yendo izadas todas las velas de la nave por aprovechar del próspero viento, uno de los marineros descubrió á la claridad de la luna que cuatro bajeles de remo, á larga y tirada boga, hácia la nave se encaminaban. Dióse la voz de *alarma*, que puso á todos en sobresalto. El capitan de la nave procuró reconocer qué tamaño de bajeles y cuántos eran. Conoció que eran galeotas forzadas, y disimulando su temor mandó alistar la artillería y cargar las velas todo lo mas que se pudiese por ver si podia, entrando entre ellos, jugar de todas bandas la artillería. Acudieron luego todos á las armas, y repartidos por sus postas como mejor se pudo, esperaban la venida de los enemigos. No tardaron éstos en llegar, á la sazon en que calmaba el viento, que fue sin duda la total causa de la perdicion de la galera. Los moros, viendo que habia calmado el viento, no quisieron abordar entonces, pareciéndoles mejor aguardar el dia para embestirla. Hiciéronlo así, y llegada la mañana del 26, vieron con dolor los españoles que eran en número de quince los bajeles contrarios. Con todo eso, no desmayando el valeroso capitan ni los soldados y caballeros que en la nave venian, esperaron á ver el movimiento de los corsarios, los cuales echaron de la *Capitana* una barquilla al agua y con un

renegado enviaron á decir al capitan de la galera *Sol* que se rindiese, amenazándole de parte de Arnaute Mamí, que si disparaba alguna pieza el navío, le habia de colgar de una entena en cogiéndole. El capitan, no queriendo rendirse, despachó al renegado, diciéndole que se alargase de la nave si no queria que le echase á fondo con la artillería. Oyó Arnaute esta respuesta, y luego cercando el navío por todas partes, comenzó á jugar desde lejos la artillería. La galera hizo lo mismo, y al principio con tan buena fortuna, que echó á fondo uno de los bajeles que le combatian por la popa, viendo lo cual los turcos apresuraron el combate, embistiendo al buque español cuatro veces en el espacio de cuatro horas y retirándose otras tantas con gran pérdida de su gente y no poca de los españoles. Fueron muchos los asaltos y grandísima la desigualdad de las fuerzas; pero el temor á la servidumbre les hizo pelear como furiosos leones (1); aunque muy luego conocieron que todo esfuerzo era inútil, y tuvieron que rendirse al yugo ajeno y bárbaro, y entró vencido y encadenado Cervantes en aquella tierra de piratas, donde habia ondeado la bandera española, y donde halló oscura mazmorra y cruel martirio en cambio del alegre cielo y dulce premio que en su pátria le esperaban.

(1) La reseña de este viaje y combate está tomada de la que hizo el mismo Cervantes en *La Galatea*.

CAPITULO IV.

Condicion mísera de los esclavos en Argel.—Cualidades extraodinarias de nuestro cautivo.—Su fuga á Orán.—Empeora su condicion.—Rescate de don Rodrigo y proyecto de evasion.—La cueva de Agi-morato.—Arribo de la fragata.—Es apresado por los moros.—Delacion del Dorador.—Resolucion de Cervantes en el peligro.

En el reparto de la presa, tocóle por patron á Dalí Mamí, amo tan cruel como codicioso, el cual no tanto por el porte y presencia del cautivo, como por las cartas que halló en su poder, en que príncipes le elogiaban y le daban á conocer al rey Felipe por hombre de gran valía, le tuvo por personaje de gran cuenta. Al tenor de este concepto ajustó su conducta y calculó un gran rescate, cargándole de hierros, guardándole en incómodas prisiones con guardias de vista, escasez de alimentos y abundancia de trabajos, á fin de hacerle insoportable la vida y apresurar el dia de su redencion. De suerte que, la única vez en que pareció despejada y favorable la estrella de Cervantes, y en que tuvo proteccion de los poderosos, fue para aumento de su mal, convirtiéndose las

buenas palabras de sus protectores cuando libre, en malas obras de sus patronos cuando esclavo. El cautiverio de Argel, fue, por desgracia, de los peores que los hombres han sufrido de extrañas naciones en todos los tiempos. Así lo afirman repetidamente Gracian, Losada, Galan, Haedo y cuantos han descrito aquella miserable vida que pasaban los cristianos en poder de amos descreidos, feroces, sanguinarios y degradados con todo género de vicios, sin mas freno que su misma concupiscencia y brutalidad. Triste era la perspectiva del jóven cautivo al ver el crecido número de cristianos que poblaban los calabozos de Argel, y la poca ó ninguna probabilidad de rescate que se le ofrecia; siendo éste tan subido y teniendo la córte de España tan abandonada la flor de sus hijos en aquella tumba cavada á vista de sus costas. Pero Cervantes tenia valor é ingenio, despreciaba los peligros, amaba la libertad, y estas nobles pasiones engendraron una série de actos heróicos propia de la braveza y perseverancia de ánimo de los españoles. Parece, en efecto, que todo el brio y confianza en la discrecion que puede tener el mas esforzado, se estrellarian en una situacion tan desesperada, y como escribe el doctor Sosa, amigo y compañero de Cervantes: «Dado que un hombre en su libertad fuese toda la discrecion del mundo, aunque el punto de su brio y generosidad fuese tan alto que estuviese en el cuerno de la luna, en

el punto que es cautivo, él mismo no se acuerda de sí, ni mira por sí, ni hace caso de sí, ni sabe qué cosa es honra, ni punto ni primor; mas él mismo se abate, se apoca, se desprecia y aun se envilece consigo de tal suerte, que hace mil poquedades y faltas de que el mas ruin se afrentaria.» Bastan estas reflexiones de labios de un esclavo, para elevar á empresas heróicas las que acometió el soldado de Lepanto en tierra de Algeria, doblando su valor á medida de la grandeza de los obstáculos, que eran tales, que humana consideracion no puede ponderarlos; pues como escribe el historiador Haedo, «el cautivo nada podia hacer si el señor no lo consiente, no lo permite, no lo manda, no lo ordena, no lo quiere, adónde, cómo y cuándo se le antoja, aunque no sea mas que mudar un pié, mover un ojo y tocar á una paja.»

Por acaso, el gran teatro en que se desenvolvió en toda su grandeza el carácter de nuestro cautivo fue Argel, como si en ello quisiese dar nuevo ejemplo de que las almas grandes se conocen y se prueban en las circunstancias difíciles, terribles y peligrosas: y tambien por fortuna, sus hechos mas probados y notorios son los hechos de su cautiverio, transmitidos á la posteridad por historiadores fidedignos y consagrados hasta con el sello de la fé pública, para que no se confundiesen con los fabulosos, á que tanto semejaban por extraordinarios.

En verdad, bien examinada su situacion, y visto lo poco que podia esperar de auxilio ajeno, Cervantes solo confió en sus propias fuerzas, en la inventiva de su fecundo ingenio, en la justicia de su causa y en el favor de la Providencia; pues sus proyectos eran no solo alcanzar su libertad, sino la de sus compañeros, y rescatar para el gremio cristiano y los dominios de España aquella tierra maldecida, animándole en su pensamiento los hechos de valor en que perecieron los valientes cautivos, Lorenzo, Juan Portundo, Pedro Soler, el insigne Vizcaino, y los animosos Cuellar, Navarro, y Juan Genovés.

Lo primero que intentó fue confiarse á la fidelidad de un moro, quizás guarda suyo, á quien habia probado valido de su discrecion, persuadiéndole á que le sirviese de guía para conducirle á tierra de Orán, con otros nobles caballeros cautivos en su prision. Este proyecto era arriesgadísimo, y Cervantes no ignoraba la suerte que le atendia, si por desdicha no tenia el buen término deseado; pero triunfó la esperanza del recelo y el ánimo de los temores, y á favor de la oscuridad de la noche atravesaron las murallas y huertas cercanas á la ciudad, poniéndoles el guía en camino de salvacion. Este gozo, por desgracia, tornóse pronto en congoja terrible, viéndose abandonados en la primera jornada por su conductor, y obligados á volver á Argel en busca de sus cadenas

y de la muerte en horribles tormentos. Cruel era la situacion de Cervantes, pues no tenia más desenlace que aquel que querian evitar, y confiados solo en la misericordia divina, volvieron á sus mazmorras. Cómo escapó de la muerte es punto casi increible, y debemos ver en este testimonio milagroso algo de la proteccion divina, que para mayores cosas y mas grandes hechos le tenia reservado; pero como principal ordenador de la fuga no se libró de nuevos rigores y penalidades conque Dalí Mamí desahogó su enojo contra el esclavo.

Volvió Cervantes á saborear la amarga servidumbre, redoblados los hierros y la vigilancia, las privaciones y las penalidades, hasta que el rescate de un amigo suyo vino á despertar en él la confianza de una pronta emancipacion. El alférez Gabriel de Castañeda, que partia á España á mediados del año 1576, se ofreció, á ruegos de nuestro cautivo, á llevar dos cartas, en que ambos hermanos, Miguel y Rodrigo, pintaban á su familia lo extremado de su situacion. Hizo aquella un sacrificio doloroso, vendiendo el padre ó empeñando su escaso patrimonio, y aun las dotes de sus dos hermanas solteras. Llegado el importe, trató Miguel de los rescates con el avaro Dalí-Mamí, que pidiendo un precio exorbitante, imposibilitaba no solo el de su hermano, sino aun el suyo mismo; por lo cual traspasó el todo de la

cantidad en favor de su hermano, concertando con él, que con el resto, y lo que pudiese allegar, habilitase en Valencia ó en las islas Baleares una fragata que, armada convenientemente, fuese á las costas de Argel y tocase á deshora y con precaucion en el punto que él señaló, en donde estarian dispuestos para embarcare y fugarse á España él y otros cautivos. Para este intento, consiguió de algunos, que eran muy principales, cartas para los vireyes y otras personas de autoridad en dichos puntos.

En efecto, partió don Rodrigo de Argel hácia el mes de agosto de 1577, dispuesto á facilitar este medio de salvacion de muchos cristianos de valía, provisto de cartas de recomendacion que Miguel habia conseguido, de don Antonio de Toledo, caballero de la órden de San Juan, y de don Francisco de Valencia, del mismo hábito, que con él se hallaban cautivos; y mientras procuraba los medios de armar la nave, Cervantes continuó en la ejecucion de otra atrevida empresa, que era como el complemento necesario de aquella intentada fuga. A alguna distancia de la puerta de Babazon, habia una casa de campo con estenso jardin, propia de un renegado griego, por nombre Azan, cuyo jardin cultivaba un esclavo español natural de Navarra. Con éste se habia concertado Cervantes para que en una cueva que á una parte del jardin se hallaba oculta, se fuesen

escondiendo algunos cristianos principales y allí estuviesen preparados para el momento del arribo de la fragata. Así se habia hecho, y aprovechando ocasiones, se fueron escondiendo en aquel seguro albergue varios cautivos amigos suyos. Este proyecto ideado por Cervantes y conducido con la mayor discrecion, lo comunicó solo con caballeros de cuyo sigilo tenia seguridad, y especialmente con el padre fray Antonio de Sosa, esclavo de Morat Raez Maltrapillo, á quien convidó á guarecerse en la cueva, no pudiendo éste aceptar por sus achaques y flaca salud; pero en un todo aprobó y aplaudió lo que Cervantes hacia, pareciéndole, como así era en verdad, un verdadero imposible, que aquel jóven pudiese tener á su cargo y custodia tantas personas á quienes procuraba y mandaba alimentos y cuanto les era necesario.

Cerca de seis meses estuvieron algunos ocultos y otros menos tiempo, y en todo él les proveyó Cervantes ó les hizo proveer de víveres, siendo Juan el jardinero, el vigía y centinela de su seguridad, y otro cautivo, natural de Melilla, llamado el Dorador, el que por encargo suyo compraba las provisiones y las llevaba con suma cautela á la guarida. Era nuestro jóven el padre y la providencia de aquel rebaño sustraido por sus cuidados á la voracidad de hombres mas crueles que fieras; y cual otro Moisés, se preparaba á sacar su pequeño pueblo de tan grande servidumbre y lle-

varlo á la tierra ansiada de su patria. Por avisos que sin duda hubo de recibir á mediados del mes de Setiembre de como estaba lista la embarcacion y próxima á darse á la vela, hizo su cálculo Cervantes y fué á esconderse con sus compañeros, esperando de un momento á otro que Juan les notificase la aproximacion de la nave libertadora, que hácia el veinte y uno de dicho mes avistó con toda felicidad las costas argelinas. Mantúvose á la capa todo aquel dia y á distancia, aguardando á la oscuridad de la noche para acercarse á la cala ó embarcadero designado. Llegó la noche y fue entrando hácia tierra con sigilo; pero la mala suerte hizo que en aquel momento pasasen por aquel despoblado sitio unos moros, y temerosa se hizo de nuevo á la mar, volviendo al poco rato á tentar fortuna. Los moros, sospechosos, comenzaron á dar gritos y á poner en alarma á los pobladores de aquella parte de Levante, de suerte que á su segunda tentativa, ya habian muchos apercibido sus barcas y remos, y, arrojándose sobre la nave, la apresaron sin que ninguno de los que la tripulaban pudiese ponerse en salvo.

Esta triste nueva consternó á los infelices cautivos ocultos en el jardin de Azan; pero no vino este mal solo, pues se agregó á la imposibilidad de salvarse la falta de alimentos. El Dorador no parecia, y los escondidos fugitivos perecian de hambre. En esta ansiedad terrible pasaron casi

tres dias, al cabo de los cuales se presentó el malvado, que viendo ya su libertad imposibilitada, ideó sacar partido de la desgracia de sus hermanos y se fué al Rey á delatarlos, cómo y dónde estaban escondidos. El Rey le dió una escolta, compuesta del comandante de su guardia, veinte y cuatro moros armados y algunos turcos, para prender á Cervantes y sus catorce compañeros; mas oyendo éste el rumor y alboroto con que se acercaban á la cueva y coligiendo por esto y por las amenazas que llegaban á su oido, que estaban descubiertos, tuvo tiempo para animar á los cautivos y prevenirles, diciéndoles: «que todos le echasen á él la culpa,» y sin aguardar á más, salió al encuentro de los soldados lleno de ánimo y esperanza en Dios, exclamando: «ninguno de estos cristianos que aquí están tiene culpa en este negocio, porque yo solo he sido el autor de él y el que les ha inducido á que huyesen.» Esta confesion atrevida, cuando esperaban lágrimas y ruegos, desconcertó á los moros, que no sabiendo qué hacerse, despacharon á uno á que diese parte al Rey de lo ocurrido. La respuesta de Asan Aga fue condujesen á todos á su prision y le llevasen solo á Cervantes maniatado. Hiciéronlo así, y con lazos en la garganta y atadas las manos, le condujeron entre armas y seguido de una turba multa de furioso populacho por la puerta de Babazon á la calle del Socco ó mercado, que era la mas

concurrida y en donde estaba el palacio del Rey.

Asan Aga era el hombre mas cruel y ambicioso que habia tenido la regencia de Argel, de modo que las tiranías y maldades que dejaba de hacer por crueldad, las hacia por su ambicion desmedida. Fray Antonio de Sosa dice repetidas veces que fue el tirano mas cruel de cuantos fueron reyes de Argel, y así lo pintó Cervantes llamándole homicida del género humano, porque no mataba ni atormentaba porque hubiese causa, sino muchas veces por gusto de hacer daño. Para que se vea á cuánto se espuso nuestro animoso Saavedra en esta ocasion, bueno será dar una leve idea de la condicion y figura de Asand, que hizo olvidar las crueldades del Ochali á los moradores de Argel. Refiere el dicho doctor Sosa, que era Asan hombre de treinta y cinco años, alto de cuerpo, flaco de carnes, los ojos grandes encendidos y encarnizados, la nariz larga y afilada, la boca delgada, no demasiadamente barbado, de pelo como castaño y de color cetrino, señales todas de su mala condicion. Habia conseguido el reino á fuerza de dinero y despreciando otros gobiernos principales, porque Argel era para los turcos lo que las Indias para los castellanos. Esta ambicion le hacia receloso y tirano, especialmente con los cristianos, deseando tener gran número de ellos en su baño y confiscar los de otros dueños por el menor motivo. Cada dia, dice Cervantes

que se señalaba por una crueldad en estos infelices, y sucumbieron en la esclavitud sugetos principales como Ludovico Grasso, siciliano; fray Lactancio, de Police; Juan Francisco, napolitano; y Pedro Soler, mallorquin, por solo que intentó huir de la prision. El dicho Asan, por una causa muy semejante á la que constituia el delito de nuestro Saavedra, cortó las orejas y narices á dos mallorquines, por donde se puede colegir el gran peligro á que se espuso el heróico manco, haciendo recaer sobre sí toda la culpa de aquel intento de fuga, cuando lo que Asan deseaba y convenia á sus intereses, era que Cervantes se excusase con otros, pues cuantos mas cómplices nombrara, tanto mayor era el provecho que reportaria, por ir á dominio del rey todos los esclavos perdidos y cogidos en la fuga.

Para lograr esto se habia rodeado Asan de un aparato tormentario que impusiese al cautivo, comenzando por amenazarle hasta con la muerte en su presencia, si no declaraba quiénes eran sus cómplices; pero no pudo lograr que culpase ni descubriese á ninguno. Procuraba el rey en su codicioso cálculo envolver no solo á los españoles refugiados en la cueva, sino á otros muchos, y particularmente al padre mercenario fray Jorge Olivar, quien informado del caso, acudió inmediatamente á depositar en manos del doctor Sosa los ornamentos y vasos sagrados, temeroso de que

se los quitasen si le prendiesen. Pero Cervantes salvó á todos, insistiendo en responder á todas las preguntas capciosas del rey: «Suplico á S. A., que si ha de castigar á alguno, sea á mí solo, pues yo solo tengo la culpa de todo.» Esta firmeza, este desprecio de la muerte y serenidad ante tan temido verdugo, fue sin duda la vara mágica con que transformó la condicion del rey en aquel momento, librando á todos de los martirios que esperaban y librándose milagrosamente á sí mismo, pues, contra su costumbre, Asan no dió mas sentencia sino que fuese con los demás conducido á sus prisiones y declarado esclavo suyo. El alcaide Asan reclamó á su esclavo el jardinero, y por mostrarse solícito hizo lo que el mismo rey no habia hecho, dando la muerte á su cautivo por sus propias manos. Tambien Dalí Maní, patron de Cervantes, le reclamó del rey y consiguió que se lo devolviese, y ciertamente le hubiera muerto, si no viese en él un cautivo de mucho valor, que por su importancia le habia de dar un gran rescate; como así sucedió, pues el mismo rey que tenia gran concepto de Cervantes por lo que le habia visto hacer, quiso comprárselo y le dió por él quinientos escudos.

CAPITULO V.

Carta á Mateo Vazquez desde las prisiones de Argel.—Nuevo y frustrado intento de una fuga á Orán.—Renombre de Cervantes entre moros y cautivos.—Celos de Blanco de Paz.—Probable orígen de su malquerencia.—Nuevo proyecto de fuga.—Delacion de un renegado y del dominico.—Conducta heróica de Cervantes.

Volvió Cervantes á saborear el pan amarguísimo de la servidumbre, y alguna vez volvió tambien su mente y sus ojos á la España, al monarca y á sus amigos favorecidos por la fortuna, para que se doliesen de su desgracia y de la de tantos nobles españoles como allí encontraban su sepulcro. A dicha encontró á un amigo suyo á quien conoció y trató en Madrid, tal vez como camarada y condiscípulo, pero que la suerte habia encumbrado al favor y privanza de Felipe II. A este se atrevió, no ya á pedir lo que mas necesitaba y pudiera concederle, como era la suma para su rescate, sino á darle noticia sucinta de su suerte desde su salida de España, y de la situacion en que estaban con él millares de cristianos; y lo hizo en una epístola en verso, en que no se sabe qué admirar más, si

el mérito del poeta, la modestia con que de sí habla, el respeto y elogio sin adulacion que muestra y tributa á su encumbrado amigo, ó los sentimientos nobles y generosos con que se dirige al monarca por medio del privado, para hacer levantar en su pecho el coraje y la resolucion de abrir la cerradura de la prision triste donde morian veinte mil cristianos. Recuérdale que entonces, acabadas ya las discordias que le habian fatigado, era la ocasion de acabar la obra que el gran Cárlos V con tanta audacia y valor habia comenzado; y le hace presente, que, solo el pensar los moros que las fuerzas españolas se ponian en movimiento, era bastante para espantarlos y acobardarlos, y esperar seguro triunfo. ¡Ruego inútil, vana espectativa! El eco de la voz de Cervantes no llegó á oidos del monarca que consumia sus tesoros en levantar soberbias basílicas, en dar régio albergue á una comunidad y en dotarla con pingües rentas para celebrar exéquias por su alma. Los flamencos eran mucho para Felipe y nada los cristianos de Argel, y por rescatar almas que creia perdidas por la reforma protestante, dejaba perder cuerpos de cristianos, por la secta de Mahoma. Baste dejar consignado que, en aquella época, nuestro jóven escritor avisó al rey lo que era mas provechoso en sus efectos, que la política seguida por la córte, y sobre todo, mas español y mas cristiano.

Visto lo poco que tenia que esperar de los va-

lidos y del Rey, y que sus clamores se ahogaban en el bullicio de la córte, Cervantes tornó á confiar mas decidido en sus ningunos recursos, fuera de los de su ingénio y el esfuerzo de su ánimo.

Cinco meses despues de este suceso, que quedó en memoria en Argel, y del cual hoy queda en el mundo entero, intentó nuestro animoso cautivo otra fuga por la vía de Oran, utilizando las relaciones que en aquella plaza tenia con algunas personas, y la amistad que tres caballeros camaradas suyos en el baño, tenian con el gobernador de dicha ciudad, don Martin Córdoba. A éste mandó cartas con un moro que se ofreció á entregárselas en su propia mano, en las que le pedia enviase algunas personas de confianza, con las que pudiese fugarse con otros españoles decididos á este riesgo. Fue el mensajero aprehendido al entrar en aquella plaza, y registrado y halladas las cartas, lleváronle á Argel, donde fue empalado sin que lograsen delacion alguna, de cuya fidelidad y valor ha dejado testimonio Cervantes en su informacion, alabando su firmeza. Mas como las cartas revelasen al autor del proyecto de evasion, Cervantes se vió en gran peligro de perder la vida. Montó Asan en cólera, y traido el estropeado español á su presencia, mandó imponerle el rigoroso castigo de dos mil palos, que inmediatamente iban á poner en ejecucion los chauces; pero del cual, y de la muerte que hubiera sido su resul-

tado, escapó de nuevo, tocando algun poderoso resorte, que, en medio de su desvalimiento, le hacia dominar á aquel mónstruo de tiranía.

Con estos sucesos se habia hecho famoso en Argel, donde todos tenian noticia del jóven español estropeado. Asan mismo contribuia á esta fama, diciendo en su córte: «Que en teniendo asegurado al manco cautivo, tenia en seguridad sus riquezas, sus bajeles y la ciudad.» Entre los cautivos era tenido como redentor, porque no era otro su constante pensamiento sino de procurar á cada uno la libertad, y alentarlos, cuando esto no era posible, á que llevasen con ánimo sereno sus sufrimientos. Su condicion apacible le ganaba amigos en todas partes, así entre los moros como entre los cristianos; teniéndolo en tan gran consideracion los principales, letrados, capitanes, religiosos y caballeros, que todo con él lo consultaban y deseaban su trato y conversacion discreta, especialmente los padres Redentores, que iban á Argel de los diversos reinos de España. En suma, apenas habia un cautivo que no tuviese que agradecerle algun servicio, consuelo ó consejo, habiendo atestiguado don Diego de Benavides, que al llegar á Argel, le celebraron á Cervantes como caballero muy cabal, noble, virtuoso, relacionado y querido de todos los sugetos principales y de los padres Juan Gil y Jorge Olivar, de la redencion, por sus buenas costumbres y sus deseos de hacer bien á todos.

Esta conducta, esta fama y loa que de tan jóven habia adquirido en situacion en que los mas esforzados se apocan y empequeñecen, le atrajo enemistad, y envidia de un dominico cautivo que por igual tiempo llegó á Argel. Llamábase Blanco de Paz, natural de Montemolin (1), y ordenado de las cuatro primeras en el colegio de Santisteban de Salamanca. Blanco de Paz era de carácter y condicion enteramente opuesta á la de Cervantes; que si éste se desvelaba por hacer bien á todos, aquél parece que estudiaba cómo hacer á todos daño; y si el uno por la senda de la virtud y de de las buenas obras se habia hecho famoso, el otro queria serlo tambien por la senda de los vicios y la malignidad. Desde luego comenzó el dominico á usar de enredos y arcaduces, haciendo parecer que tenia las órdenes mayores. Hamándose doctor y queriendo darse importancia. Era, por otra parte, díscolo, revoltoso, vanidoso, desarreglado en su conducta y aun se le consideró mal seguro en la fé, pues que cautivos que con él vivieron, aseguraron no haberle visto cumplir los deberes que como tal religioso tenia, de decir misa y rezar las horas canónicas, y hacer otras obras cristianas que hacian los sacerdotes en la esclavitud, principalmente la de visitar y consolar los enfermos; por cuya negligencia reprendido de sus compañeros

(1) Diego Galan le hace natural de Orihuela.

los religiosos, los maltrató de obra y de palabra, dando escándalo y poniendo en lenguas su reputacion. Ignórase si, habiendo estudiado en Salamanca, fue conocido de Cervantes, como pudo muy bien acontecer, y proceder de mas antiguo la causa de la envidia y malquerencia que este bachiller tuvo contra nuestro cautivo; cosa muy factible, y mucho más presupuesta la poca armonía entre legistas y canonistas, puesto que en Salamanca predominaban las ciencias humanas, al modo que en Alcalá de Henares las divinas. Si así fuese, podria hallarse algun motivo de celos ostensible entre uno y otro, de haberse conocido en un mismo lugar como simples estudiantes, y ver el dominico la consideracion que habia Cervantes alcanzado en medio de su desgracia, siendo mas jóven que él. Como quiera que sea, la causa de su enemistad debió ser trivial y mezquina. De otra manera no habria dejado de transpirar en el proceso de sus discordias, en el cual no se señala otra, que la mala condicion del supuesto doctor. Pero si no hubo causa, ni Cervantes dió motivo á tan villano proceder de parte del dominico, los efectos fueron harto visibles, segun ha quedado memoria milagrosamente conservada, para penetrar algun tanto en la misteriosa historia de la desventura de nuestro héroe, que supo profetizar cuando jóven; pero de la cual no se atrevió á hacer anatomía, una vez arrastrado

por su corriente, al modo de Ovidio, que en mil ocasiones se quejó de su desgracia, sin poder ser esplícito por la alteza y poderío de las personas que en ella andaban mezcladas.

Hemos dicho que Blanco de Paz llegó á Argel cuando la fama de Cervantes era allí notoria, por lo extraordinario de sus hechos y por lo inaudito que pareceria á los mismos moros el respeto guardado por Asan á un pobre cautivo, autor de cosas tan atrevidas, que, hechas por cualquiera otro, la mayor tajada hubiera sido la oreja.

A éstas puso colmo muy luego, ideando otro proyecto osado de evasion, porque no vivia ni respiraba sino por la libertad. Aprovechando todas las circunstancias de que era posible sacar partido, supo Cervantes que, un renegado á quien trataba, natural de Osuna, por nombre Giron en el gremio de nuestra Iglesia, y Abderramen en la secta de Mahoma, mostraba arrepentimiento de su apostasía y deseaba tornar á la religion católica de sus padres. Este cambio tan favorable en el renegado, fue el cimiento sobre que el ingenio y la osadía de nuestro jóven cautivo volvió á levantar el castillo de su libertad y la de otros muchos; porque, cerciorado de la lealtad de sus palabras, y exhortándole á que siguiera en su buen propósito, hubo de confiarse á él, diciéndole el medio como podria restituirse á la libertad y al gremio de la santa fé, y restituirle á él y á otros compatriotas camaradas

suyos. Es de suponer, que este renegado tuviese firmas y recomendaciones de cautivos principales y del mismo Cervantes, para acreditar luego en España que habia sido hombre de bien y hecho bien á cristianos, las cuales cartas servirian de fianza de su sigilo; pues como Cervantes dice, los que tales documentos tenian estaban en riesgo de perder la vida si llegaba á conocimiento de los moros. Concertados ambos y con mútuas seguridades, propuso Cervantes que comprase en Argel una galeota ligera ó bergantin, á que llamaban fragatas, y se proveyese de lo necesario en ella para mas de sesenta hombres, juntándose para esto con algun moro tagarino y dando color de que se hacia de ella para comerciar en aquellas costas. Para la compra de esta embarcacion proveyó de dineros nuestro cautivo, por medio de un mercader valenciano, llamado Onofre Exarque, quien adelantó la cantidad de mil y trescientas doblas; hecho que demuestra la fé y seguridad que en su palabra y en su trato tenian todos, aun los que por su profesion suelen ser desconfiados. Esta suma fué á manos de Giron para realizar los aprestos, y mientras tanto, Cervantes comunicó su proyecto á varios caballeros, sacerdotes, letrados y principales cautivos, quienes tambien serian garantía para el mercader, aunque es presumible que el proyecto de evasion nunca fue revelado á Exarque por nuestro Saave-